

CÓMO ACOMPAÑAR A LAS PERSONAS PARA QUE ESCUCHEN LA LLAMADA Y RESPONDAN

Ondřej Salvet¹

Permítanme comenzar con un saludo bíblico: “A aquellos que han sido llamados, que son amados por Dios Padre y guardados para Jesucristo: Misericordia, paz y amor en abundancia” (Judas 1-2). O alternatively: “A todos los amados de Dios en Roma (y en Praga o en cualquier otro lugar), que están llamados a ser santos: Gracia a vosotros y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo” (Rom 1, 7). Al citar estos versículos, quiero señalar desde el principio la universalidad de la llamada a la santidad, tal como aparece en la Iglesia primitiva, en la Biblia y en la Tradición, hasta la enseñanza actual del Papa Francisco. Dividiré mi conferencia en siete pasos, el segundo es una introducción bíblica y el tercero un examen de la vocación en la Iglesia. Los pasos cuatro y cinco presentarán un punto de vista antropológico sobre la vocación como decisión y sobre la relación entre santidad y libertad. Finalmente, el número seis se centrará en el acompañamiento y el discernimiento, mientras que el séptimo paso concluirá con algunos pensamientos fundamentales del Papa Francisco a partir de su exhortación “*Christus vivit*”. Puede que ahora se estén preguntando por qué el primer paso no se mencionó:

1 Sacerdote. Profesor de Teología fundamental y dogmática. Universidad Carlos de Praga (R. Checa)

Recuerdos personales

Permítanme comenzar con un testimonio personal. Es un recuerdo de hace casi treinta años, cuando era estudiante universitario. Viví con mis padres en un bloque de pisos no muy lejos de aquí. Íbamos a una Iglesia cercana todos los domingos y también entre semana. El párroco local era un hombre de autoridad y de gran carácter; su nombre era Jan Machač. Cuando tenía dieciséis años, él ya había estado al frente de nuestra parroquia por unos veinte años; tenía unos 75 años. Serví como monaguillo junto con otros. De vez en cuando, él nos mencionó que algunos de nosotros deberíamos optar por el sacerdocio. Recuerdo que una vez le objeté que no era fácil porque uno tenía que tener una vocación divina. Él respondió bruscamente: "Primero asegúrate de obtener tus niveles-A (tus sobresalientes), luego postula al seminario y así es como obtienes tu vocación". Eso me sorprendió bastante. Poco tiempo después, el párroco me dijo: "Hay una reunión muy interesante en la Iglesia vecina. Creo que es apropiada para chicos inteligentes como tú". Entonces, siendo como era un buen chico, fui a la reunión. De hecho, si recuerdo bien, fue una catequesis realizada por un obispo auxiliar conocido, Jaroslav Škarvada. Tenía mucho de italiano, hablaba muy vívazmente y usaba gestos amplios y enérgicos. Solo recuerdo unas pocas frases de su discurso, en las que comparó la capacidad de la audición interna con una especie de antena de radio: "Necesitas colocar tus antenas internas muy por encima del ruido de este mundo, para que puedas captar la señal de Dios, quien podría estar llamándote a ser sacerdote". La redacción es mía, pero creo que he conservado el sentido original.

Aquella cosa sobre las antenas, realmente me molestó. Era como si alguien estuviera manipulando mi secreto personal. Ya sabía que la llamada estaba allí (no es que escucharan voces ni nada por el estilo) pero no se lo dije a nadie. No estaba seguro de lo que significaba y de dónde venía. Y ahora parecía como si hubieran adivinado, como si esos sacerdotes supieran mejor que yo lo que estaba pasando en algún lugar de mi alma. Sinceramente, creo que el obispo hizo todo lo posible por alentarnos a la vez que nos mostró con ambas manos lo alta que debería estar la antena, pero desafortunadamente no fue de gran ayuda para un tipo introvertido como yo. Sin embargo, estoy contando esta historia porque creo que puede ser muy ilustrativa de algunos aspectos cruciales de la vocación cristiana como proceso de toma de decisiones.

La vocación en la Biblia.

Antes de volver al proceso de la vocación, permítanme presentarles algunas ideas sobre la teología de la llamada de Dios. En primer lugar, me gustaría dirigir nuestra atención a este tema tal como aparece en la Biblia. Significativamente, la Escritura presenta una noción de vocación sorprendentemente moderna, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. En el Antiguo Testamento, la expresión correspondiente para “llamada” es la palabra hebrea “*Qara*”, que aparece más de 100 veces sólo en Génesis. El campo semántico de ‘*Qara*’ incluye los siguientes significados: llamar, gritar, proclamar, convocar, invitar, nombrar. Nos sorprende que en realidad aparece en las primeras líneas de la Biblia, en Génesis 1,5, para ser exactos: “Dios llamó a la luz el día y a la oscuridad a la que llamó la noche”.

Esto parece ser un uso muy técnico del verbo. Sugiere que Dios simplemente ha etiquetado la nueva realidad con algunas etiquetas para poder referirse a ellas con mayor facilidad más adelante. Pero seguramente la conexión de creación y vocación no es una mera coincidencia. ¿Por qué creó Dios el universo a través de la llamada a las cosas a existir?

Una vez que dejamos claro que ser y llamar van una tras otra y, obviamente, son dos hechos separados, también podemos construir un vector que apunta en cierta dirección: la creación puede tener un sentido. Teológicamente hablando, el sentido del universo es la auto-entrega de Dios. La llamada de Dios es irrevocable porque es una llamada firme de amor. Dios desea libremente compartir su propia vida interior y, por lo tanto, llama al universo a la existencia. Una buena ilustración de esto se puede encontrar en el libro de Isaías, a saber, en la primera canción del siervo de Dios (Is 42: 5–6): “Así dice el Señor Dios, que creó y desplegó el cielo, afianzó la tierra con su vegetación, dio el respiro al pueblo que la habita y el aliento a los que se mueven en ella. Yo, el Señor, te he llamado para la justicia, te he tomado de la mano, te he formado y te he hecho alianza de un pueblo, luz de las naciones.”

Como podemos ver, el enfoque del Antiguo Testamento muestra un cambio de énfasis del simple “llamamiento por el nombre”, en Génesis, a un acto de elección que también incluye una tarea claramente definida, como en el Deu-

tero-Isaías. Podríamos agregar a esto la historia de Abraham donde, aunque no se menciona explícitamente, nos encontramos con una invitación individual que se convierte en una vocación de por vida que incluye el cambio de nombre y la disposición para las generaciones futuras a través de un convenio duradero. Dios moldea y da forma a un nómada del oriente cercano en el patriarca de toda una nación mientras, al mismo tiempo, entra en diálogo con él.

En el Nuevo Testamento, nuestra atención debe dirigirse a un cambio bastante discreto: mientras que la vocación anterior solo se podía pensar como una elección que separaba lo santo de lo demás, ahora la vocación de Dios es independiente de cualquier estado anterior. No hay méritos o créditos previos necesarios. En otras palabras, el ser humano no necesita ser digno de amor para ser llamado, sino al revés: Dios nos hace dignos al llamarnos a su amor.

Permítanme mencionar ahora, brevemente, un texto importante del segundo siglo de la era cristiana que se llama "*El pastor de Hermas*". En este trabajo, la palabra griega para vocación, "*kelesis*", se usa como sinónimo de "bautismo". Esto está de acuerdo con el uso de "*kelesis*" en las epístolas paulinas, donde la vocación proporciona la base de la identidad cristiana tanto en términos colectivos como individuales. Al mismo tiempo, esta noción mejorada de vocación y, especialmente su dimensión social, requiere una decisión definitiva y vinculante que conduzca a un compromiso humano de por vida. Así, el requisito de una respuesta humana definitiva a la llamada de Dios corresponde al carácter irrevocable de la vocación, como se mencionó anteriormente.

La vocación en la Iglesia.

Después de esta breve presentación bíblica, ahora me gustaría ver brevemente el sentido de la llamada de Dios en la tradición de la Iglesia. Durante largos siglos de la historia cristiana, siempre ha sido solo Dios quien llamó a los hombres y mujeres como personas libres para abrazar la fe y, como consecuencia, para formar el cuerpo de la Iglesia. Sin embargo, se impuso un cambio sustancial con la difusión del cristianismo y su reconocimiento oficial como religión estatal. Una vez que todos fueron bautizados por defecto, no tenía mucho sentido hablar de vocación en este contexto. En consecuencia, el término "vocación" describe la decisión de hacerse clérigo

o unirse a una orden religiosa. Para decirlo con dureza, de repente, Dios ya no llamó a las personas a la vida en la Iglesia, sino al ejercicio de la autoridad en ella. Por lo tanto, se comprende que la decisión de quién debería o no ser designado para el servicio eclesiástico se convirtiera en parte de la propia agenda de la Iglesia a medida que su estructura crecía. Aunque sería una exageración decir que no se tuvo en cuenta la influencia del Espíritu Santo, es obvio que la jerarquía eclesiástica tendía a proteger y monopolizar su autoridad al tiempo que trataba de controlar los movimientos carismáticos y a los individuos con opinión. Finalmente, el Concilio de Trento declaró simplemente que la vocación de la Iglesia precede a la llamada de Dios, de modo que solo los elegidos y aprobados por la Iglesia reciben posteriormente los dones apropiados del Espíritu Santo.

Estas dos opiniones parecen formar un contraste llamativo: o Dios hace la llamada y la Iglesia trata de discernirla con mayor o menor precisión, o la Iglesia misma convoca a hombres y mujeres adecuados a su servicio y Dios confirma su elección otorgándoles su Espíritu. Un debate teológico sobre este tema surgió en Francia hace unos cien años entre cierto Canónigo Branchereau de la comunidad de san Sulpicio y otro Canónigo cuyo nombre era Lahitton. Mientras Branchereau argumentaba a favor de la posición principal de la voz de Dios, Lahitton defendió el nombramiento eclesiástico. La controversia nunca se resolvió satisfactoriamente, aunque el secretario de Estado papal, el famoso cardenal Merry del Val, publicó una declaración oficial en apoyo de la posición de Lahitton.

Desde el punto de vista actual, todo el problema se remonta al siglo XVII y su teología específica de la gracia, que llevó a una división entre el orden natural y el sobrenatural (*duplex ordo*) y, posteriormente, a debates interminables sobre cómo se puede armonizar la gracia de Dios con la libertad humana. En nuestros términos, la vocación se vería como un movimiento extrínseco (sobrenatural) separado de la personalidad de uno, o necesariamente colapsaría en un proyecto puramente humano. Sin sugerir que sería capaz de poner fin a este vasto debate, al menos puedo señalar una vez más mi historia personal de dos clérigos que me influyeron en su papel de modelos. Mi párroco mencionó los niveles A y destacó las habilidades humanas e intelectuales necesarias y la resolución de la voluntad, mientras que el obispo habló de una antena de radio y una voz secreta. El caso es que, de hecho, eran amigos íntimos.

La vocación como decisión

Como pueden ver, mis recuerdos personales no son tan fáciles de ahuyentar. Sin embargo, si menciono a los dos clérigos venerables, no debe tomarse como un comentario de distracción, sino como un intento de ilustrar lo que suena como una mera teoría seca. Mi propósito aquí es aclarar el concepto de vocación divina interna, en oposición a su contrapartida externa o eclesial. En realidad, estamos hablando de dos decisiones separadas que deben encontrarse. Del lado del individuo humano, la motivación para una decisión positiva puede ser un deseo natural de servir en la Iglesia y / o la llamada de alguna voz interior. De parte de la Iglesia, la decisión incluye la definición de los requisitos básicos previos (educación, ausencia de obstáculos, voto de celibato) y, posteriormente, la consiguiente probación de los candidatos. Pero la pregunta es: ¿dónde está exactamente el eco de la llamada de Dios para escucharlo? La respuesta es: en todo el proceso. Pero lo triste es que nadie puede ser siempre lo suficientemente sabio como para equilibrar todos los factores humanos en lo que, en última instancia, es un acto sublime de la gracia de Dios que coopera con la libertad humana.

Santidad y libertad

Ahora, cuando hablamos de libertad humana, nuestro enfoque se está ampliando a un concepto de vocación más inclusivo. Para aclarar un poco más las cosas, citaré el libro "*Awakening vocation*" (El despertar de la vocación), escrito por Edward Hahnenberg:

Antes, solo los protestantes hablaban del trabajo y del matrimonio, la granja y la familia, como llamamientos provenientes de Dios, mientras que los católicos confinaban la categoría al reino del sacerdocio o la vida religiosa. En los años posteriores al Concilio Vaticano II, los católicos se han acostumbrado cada vez más a una comprensión amplia e inclusiva de la llamada de Dios. La llamada universal a la santidad se extiende a todos. Esta ampliación es bienvenida. Pero, ¿qué es la santidad?

Al tratar de responder a la intrigante pregunta planteada por Hahnenberg, primero debemos leer el pasaje más relevante de *Lumen Gentium*. En el quinto capítulo de esta constitución, la santidad se presenta generalmente como perfección. Tal noción está bien fundada en las escrituras; por ejemplo, Mt 5,48 dice: “Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” (LG 40, véase también LG 11). Así leemos que a los obispos se les “otorga la capacidad de ejercer el perfecto deber de caridad pastoral”, los sacerdotes deben “elevarse a una mayor santidad a través de los peligros y las dificultades”, mientras que las parejas casadas, los solteros y los trabajadores, son alentados a “ofrecer a todos los hombres el ejemplo de amor generoso e incansable” (LG 41). La referencia a las familias e incluso a los asalariados generalmente se presenta como una innovación. Desde el punto de vista actual, es difícil imaginar que en algunos períodos anteriores no se esperaba que los cristianos laicos trabajaran por la santidad. Por supuesto, creo que, de hecho, no es correcto presentar la llamada universal a la santidad como un logro especial del Concilio Vaticano II. Me gustaría sugerir que no es la ampliación de nuestra comprensión de la llamada de Dios lo que nos da la clave.

En mi opinión, es la palabra “libertad” la que hace que la constitución dogmática mencionada se sienta tan refrescante. Se pueden encontrar numerosas referencias a la libertad en el cuarto capítulo de *Lumen Gentium*, que habla sobre los laicos. Permítanme citar el más significativo: “Que [los laicos] a su manera puedan conducir al progreso universal en la libertad humana y cristiana” (LG 36). No es nada nuevo en sí mismo, pero la conciencia renovada de que Dios siempre nos ha estado llamando a la libertad seguramente trae nuevas dinámicas y optimismo.

Cuando se habla de libertad y optimismo, pueden ser necesarias dos observaciones para aclarar que no estoy soñando con alguna utopía ingenua. En primer lugar, teológicamente hablando, la libertad humana solo puede descubrirse y realizarse a sí misma aceptando la entrega de Dios que ama infinitamente y, por lo tanto, cumpliendo su voluntad eterna. En segundo lugar, como cristianos, creemos que nuestra libertad es esencialmente una respuesta a la llamada de Dios. De nuevo, como dice Hahnenberg:

Nuestra libertad no se mantiene suprema sobre un número infinito de opciones ([como en] el paradigma fundamental de la elección). Nuestra libertad está debajo y antes de lo trascendente, siendo siempre trazada y elaborada en la fuente de nuestro ser (el patrón básico de la llamada). ¿Cómo responderé en amor al Dios que es amor? A diferencia de los mandamientos de la ley moral, que están destinados a marcar el suelo bajo el cual el amor nunca debe caer, la vocación tiene que ver con el espacio abierto que está encima. El amor no tiene techo, y mi vocación es, sencillamente, la forma en que me elevaré.

Acompañamiento y discernimiento.

En las reflexiones anteriores sobre la noción de vocación en la historia y en el presente, he tratado de hacer plausible mi visión personal de que la meta a la que Dios llama a todo hombre y mujer es la libertad. Por supuesto, eso no nos libra de la difícil búsqueda del significado de nuestra existencia. La vida humana fue y sigue siendo una lucha, pero a diferencia de las bestias del bosque, los seres humanos no luchan principalmente por la supervivencia. En cambio, los hombres y las mujeres deben luchar por su integridad y crecimiento personal. Esto es lo que podríamos llamar, usando las palabras del Papa Francisco, un combate espiritual.

El Papa actual nos invita en su última exhortación a escuchar la realidad (ChV 284); yo elegí tomar este incentivo como una oportunidad para reflejar nuevamente la realidad de mi propia vida y tratar de discernir la llamada de Dios en ella. Como simple párroco, no tengo mucha experiencia con el discernimiento y el acompañamiento de las vocaciones, ya que estos servicios especializados se prestan normalmente como parte de la atención pastoral por categorías. Solo puedo compartir con ustedes lo que veo como momentos e impulsos cruciales en mi propia vocación cristiana. El primer punto que quiero destacar es la generosidad. En mi vida fui bendecido con personas que me animaron a descubrir la libertad. A los niños católicos se les enseña principalmente a ser obedientes, y cuando crezcan deben hacer un gran esfuerzo para aprender a distinguir entre la libertad y la rebeldía. De hecho, la libertad no excluye la obediencia, ya que ambas están arraigadas en la generosidad. Si desea ayudar a las personas a discernir y seguir su vocación, sea generoso con ellas y alientelas a ser libres.

El segundo punto es más o menos obvio: como sacerdotes, maestros, catequistas, trabajadores en pastoral, somos los modelos a seguir. Podemos hacerlo mejor o peor, pero no podemos escapar a este hecho. Nuestro ejemplo debe ser el de la santidad, que no consiste principalmente en la perfección, sino en la libertad como opuesta a la rebeldía. La perfección sigue siendo un ideal, pero nunca podemos llevar a otros a la santidad simplemente imponiendo la perfección. Muy a menudo es al revés: cuanto más perfecto (o perfeccionista) es el maestro o el sacerdote, menos atractivo es el ejemplo que da.

Mi último punto sonará más como una advertencia piadosa: ¡rezad! ¡Enseña a esos jóvenes a orar! Déjame volver una vez más a los recuerdos de mi juventud. Cuando tenía dieciséis años, me fascinaba el movimiento de Taizé. Durante una de sus reuniones de oración, hice cola durante mucho tiempo para tener la oportunidad de hablar con uno de los (entonces) jóvenes hermanos, porque sabía que hablaba algo de checo. Le confié a él mi misterio de que quería ser sacerdote. Estaba ansioso por escuchar su profundo consejo espiritual y esperaba una larga orientación. Sin embargo, él solo dijo: “Oremos” y comenzó a recitar el Padre Nuestro en mi idioma.

¡Cristo está vivo!

Con mi último título quiero referirme una vez más a la reciente exhortación del Papa Francisco, precisamente a su noveno capítulo, que lleva el título “Discernimiento”. Entre muchas otras ideas precoces, hay una frase que no puedo dejar de citar: “«Muchas veces, en la vida, perdemos tiempo preguntándonos: “Pero, ¿quién soy yo?”. Y tú puedes preguntarte quién eres y pasar toda una vida buscando quién eres. Pero pregúntate: “¿Para quién soy yo?”» (ChV 286). Eres para Dios, sin duda. Pero Él quiso que seas también para los demás, y puso en ti muchas cualidades, inclinaciones, dones y carismas que no son para ti, sino para otros.” Cristo murió por mí y yo puedo vivir para Dios y para los demás o utilizar los generosos dones que he recibido para proclamar que Dios es generoso y nos llama a la libertad.

Como acabo de decir, podemos proclamar la llamada de Dios a la libertad a través de la generosidad, el buen ejemplo y la oración. Seguramente, eso no debe tomarse como un conjunto completo y cerrado de instrucciones. En

las últimas páginas de "Christus vivit", se señala otra competencia crucial: "Cuando somos llamados a ayudar a otros a discernir su camino en la vida, lo más importante es la capacidad de escuchar" (ChV 291). Me gustaría agregar esta palabra programática como una corona a mis tres puntos mencionados anteriormente: generosidad, buen ejemplo, oración, y escucha. ¿Cómo encaja todo esto? Muy simple. Según un gran teólogo del siglo XX, Karl Rahner, todos somos "oyentes de la Palabra".

Pero, ¿cómo podemos descubrir quiénes somos, si no escuchamos? Así que la capacidad de escuchar es vital. Por lo tanto, enseñemos a los jóvenes, y no tan jóvenes, a escuchar a Dios en oración. Escuchémosles y, al comprender sus necesidades y deseos, enseñémosles a ser generosos a la hora de satisfacer los deseos y necesidades de sus vecinos. Y, finalmente, como modelos a seguir, animémosles a alcanzar la libertad a la que Dios los ha estado llamando desde el principio del mundo.